

José M.^a González Estéfani y Robles*

La Cultura Popular Aspectos Fundamentales y Técnicas

Se viene hablando mucho de cultura popular. Yo quisiera en estas breves notas perfilar algunas nociones y esclarecer ciertos aspectos de la rica problemática que la cultura popular encierra. Porque la cultura popular puede ser definida y entendida de diversos modos y urge ponerse de acuerdo sobre su contenido esencial. Por supuesto que estas notas son personales y expresan necesariamente puntos de vista que pueden no ser compartidos.

En un sentido amplio, quizá el más genérico, la cultura popular es para mí el humanismo de los nuevos tiempos. Un humanismo muy distinto del tradicional que ha llegado hasta nosotros. En otro trabajo mío¹ me he esforzado por perfilar las características de la nueva cultura: colectiva, comunitaria, concreta, desinteresada, pluralista y universal al mismo tiempo. Contraponía estas características a las de la llamada cultura tradicional individualista, minoritaria, utilitaria, dicotómica y particularista. No es cosa de repetir aquí lo que ya dije. Quiero sólo insistir en la idea de que la Cultura Popular es un humanismo o debe serlo, es decir, una visión del mundo y de la vida que le permite al hombre enfrentarse con las realidades y desarrollarse integralmente en el pleno ejercicio de su libertad y de su responsabilidad. Cuando me han preguntado, a veces con cierta ingenua malicia, cuál era la ideología concreta que alimentaba o debía alimentar a la Cultura Popular, siempre he contestado invariablemente: La Cultura Popular no se identifica con una ideología política o social determinada ni con una confesión religiosa en particular. La Cultura Popular es aquella cultura que le permite al hombre de nuestros días, y más aún del futuro, enfrentarse con el mundo de una manera libre y responsable y, por tanto, determinarse de una manera autónoma y reflexiva en una elección voluntaria que tiene en cuenta los datos de la realidad objetiva. No por ello quiero decir aquí que la Cultura Popular en sus formulaciones concretas haya de ser arreligiosa. Si el hombre es verdaderamente libre y responsable tiene que formularse

* Profesor del Instituto Social León XIII, Presidente de la Junta Rectora del Instituto de Cultura Popular y Desarrollo Comunitario.

¹ Ver en *Perspectivas Sociales*, núm. 12, nov.-dic. 1966: "La cultura popular: Un valor de nuestros días". También en *Mundo Social*, núm. 126, oct. 1965: "Características de la nueva cultura popular".

una serie de interrogantes a los cuales sólo puede dar cumplida respuesta la religión. El humanismo de la Cultura Popular no debe ser, por tanto, ese humanismo inhumano de que nos habla Pablo VI en la «Populorum Progressio». Antes por el contrario, la Cultura Popular debe en sus floraciones desembocar en una visión trascendente del universo, ya que se propone o debe proponerse el desarrollo integral de la persona en todas sus dimensiones. Pero el hallazgo religioso debe ser un hallazgo personal que parta de la idea de la fe como acto libre de un hombre liberado de sus alienaciones. Ya sabemos que la fe es, ante todo, un don de Dios, pero un don que puede fácticamente rechazarse o admitirse. La Cultura Popular pone al hombre en vías del supremo encuentro, pero no le impone ni las modalidades ni el encuentro mismo. Lo mismo podría decirse respecto a las opciones políticas. Lo realmente importante es que el ciudadano conozca su realidad en torno, sin deformaciones propagandísticas. Lo importante es que el ciudadano, liberado de condiciones sociales, económicas o políticas alienantes, pueda decidirse con pleno conocimiento de causa por tal o cuál opción que le parezca más apta para la realización del bien común. En este sentido, la Cultura Popular, en su realización concreta, es inseparable de un orden social y jurídico que favorezca y haga posible el ejercicio de la libertad humana. O, en otras palabras, la Cultura Popular no puede florecer en el seno de sistemas que desconozcan o pretenden ignorar los derechos básicos de la persona tanto políticos como económicos. Lo cual no quiere decir que la cultura entendida como erudición o como simple suma de saber objetivo no pueda incrementarse en el seno de esos sistemas. Lo que afirmo es que la cultura como estilo integral de vida, como fuente de liberación y progreso, de desarrollo humano en general, se verá trabada allí en sus aspiraciones fundamentales, en sus tendencias expansivas y humanizadoras.

Al definir la Cultura Popular de esta manera como cultura de hombres libres, creo encontramos el común denominador que permita precisamente la realización de esa cultura; al ayuntar en un común esfuerzo a hombres procedentes, de los más diversos horizontes. Así podemos formar ese Frente Común de Progreso Humano al que nos invitaba Teilhard de Chardin. Y esto es más urgente que nunca en esta trágica hora de enfrentamientos. Tenemos que encontrar la voz común, el alma común, el espíritu nuevo que, infundido en el cuerpo de una humanidad llegada a su edad adulta, permita la adaptación racional y consciente a nuestro medio, esta bendita tierra, cuyas dimensiones sustanciales no han cambiado, esta bendita tierra que nos alberga en su vientre generoso, con dolores de parto, esperando la hora del alumbramiento definitivo, el nacimiento de un Hombre nuevo, de una humanidad, por fin, solidaria y fraternal.

Decir que la Cultura Popular es un humanismo, o, si se quiere, las nuevas humanidades, equivale a afirmar que el humanismo antiguo no nos sirve. Pero ello no implica la desaparición de los valores auténticos contenidos en ese humanismo. La Historia es una realización de valores y el progreso humano consiste en eso precisamente, según la acertada conclusión de García Morente. Ridículo sería echar por la borda el tesoro acumulado pacientemente a lo largo de los siglos por las generaciones, en su afán por encontrar la Tierra Nueva.

Ahora bien, no menos peligroso sería acantonarse en la actitud estéril de los que sólo miran hacia atrás. Las nuevas condiciones sociales exigen nuevas actitudes, nuevos métodos, nuevas instituciones. No se trata tan

solo de meter el vino viejo en odres nuevos, sino también de hacer brotar el vino nuevo en forma sosegada y pacífica para que los hombres no se embriaguen demasiado con su dulzura y su novedad. Se trata de una palabra, no de saturar de cultura tradicional a esas masas de hombres que se nos echan encima, como pensaba Ortega equivocadamente en *La Rebelión de las Masas*, lleno de inquietud, sino, como decía antes, de infundir una cultura nueva, un humanismo nuevo, en ese cuerpo gigante de una Humanidad desarrollada ampliamente en su substratum biológico. Pero esa infusión no puede ser hecha desde fuera, por una mano invisible. La originalidad y el problema de la Cultura Popular radican precisamente en el hecho de que ese espíritu nuevo sólo puede nacer desde dentro, desde las propias entrañas populares. Y esta exigencia nos lleva de la mano a plantearnos el contenido mismo de ese humanismo.

LA CULTURA POPULAR ES UN HUMANISMO DEL PUEBLO

La Cultura Popular no se identifica con la popularización de la cultura. No se trata de extender a capas más numerosas de la población los resultados de una cultura ya hecha o dada. Si la Cultura Popular sólo consistiera en eso pobre sería el empeño de quienes nos preocupamos por su aparición. La Cultura Popular es una cultura del pueblo, que tiene su origen, su fuente creadora, en el pueblo mismo. No es una cultura prefabricada, servida al pueblo en las cómodas bandejas de cualquier paternalismo cultural, llámese éste despotismo ilustrado o realismo socialista. La Cultura Popular es expresión de la vida íntima y profunda del pueblo. Es aquella cultura en la que el pueblo se configura como agente creador y realizador de su propio destino. El pueblo participa no sólo en los resultados de la cultura, sino en la génesis del proceso creador de esa misma cultura. El pueblo dirige su vida cultural en el sentido más amplio del término. No tiene que esperar a que sus minorías dirigentes se preocupen por él. El está ya preocupado consigo mismo, preocupado por sus problemas que padece y sufre en su propia carne y, en consecuencia, él es quien se interesa más que nadie por su resolución.

Hasta ahora pudiéramos decir que este pueblo anónimo, creador de la Historia desde su intrahistoria cotidiana, ha permanecido entre bastidores, contentándose con ser coro de la gran tragedia humana. Mas he aquí que avanza hacia las candilejas dispuesto a convertirse en protagonista. No pretendáis detenerle. Es inútil. Ha llegado su hora. Si lo hacéis os hará sentir la fuerza aritmética de su número en el fragor de las revoluciones.

La ascensión progresiva del pueblo de Dios a través de la Historia conoce en nuestros días nuevos desarrollos y peripecias. El pueblo de Dios, el pueblo de los miserables y de los oprimidos, a quien la minoría ociosa condenó a producir para siempre las utilidades materiales, alza orgullosamente su cabeza. El, secularmente oprimido, quiere crear, quiere que sus expresiones culturales puedan florecer. Quiere que la tonadilla se transforme en sinfonía y la obra artesanal en obra artística perdurable. Quiere que sus patrones culturales puedan transformarse en patrones modeladores de la vida comunitaria entera. No quiere seguir imitando a los de arriba, pronunciando, por ejemplo, óxido en lugar de herrumbre u orín, en un mimetismo cultural que le degrada. El pueblo de Dios reclama sus derechos con más fuerza que nunca. Y difícil será

oponerse a estas reivindicaciones que además de justas se dan en el sentido de la Historia. Nos encaminamos, nos guste o no, hacia una democracia integral, que incluye, como es lógico, la democracia cultural más radical que pueda darse. Una democracia cultural en la que, sin duda, habrá minorías creadoras, pero minorías surgidas del propio pueblo. Como tantas veces he dicho, hasta la saciedad, lo importante no es que el pueblo pueda entender la novena sinfonía o leer a Kafka. Lo decisivo es que los Beethoven y los Kafka del futuro salgan del pueblo. Lo importante es, como decía Saint-Exupery, que no haya más Mozarts asesinados en la frágil envoltura carnal de un pequeñuelo que duerme en los brazos de su madre.

Atrás, pues, todos los paternalismos culturales, vengan de donde vienen. Están condenados de antemano al fracaso más rotundo. La Cultura Popular exige condiciones que hagan posible su aparición, pero el creador de la cultura ha de ser el propio pueblo. Por primera vez en la Historia, al calor de las grandes mutaciones ideológicas, demográficas, institucionales y técnicas van apareciendo las condiciones objetivas que harán posible, en un futuro no muy lejano, esa auténtica cultura del pueblo y para el pueblo. La aparición del tiempo libre² como privilegio de la inmensa mayoría es posiblemente uno de los factores condicionantes más decisivos para la forja de la nueva cultura. Por fin, liberado el hombre de sus necesidades más apremiantes, podrá ponerse a pensar y a crear, a proyectar su futuro, a decidir libremente sobre su destino. Yo sé que esta perspectiva aterroriza a muchos, a quienes, partidarios de una ley de bronce de la cultura, no quisieran nunca que el pueblo, sobre cuyas espaldas trabajadoras levantan sus palacios y sus balances de fin de año, saliera nunca de su tradicional ignorancia. Con fina intuición, se dan cuenta de que la cultura es la llave de la libertad y esa llave es la que quisieran sepultar en el más profundo de los mares, para que el pueblo siga preguntando por ella al son de soniquetes entoncedores.

LA CULTURA POPULAR TIENE SUS MANIFESTACIONES Y EXPRESIONES PROPIAS

La Cultura Popular, como toda auténtica cultura, tendrá en el futuro sus manifestaciones propias distintas de las tradicionales. Asistimos ya desde ahora a una gigantesca mutación de esas formas y a la aparición de otras nunca vistas. El arte, por ejemplo, será un arte muy distinto. El artista «maldito» acabará por desaparecer. Aparecerán nuevos artistas surgidos del pueblo, en íntima conexión con el medio del cual surgieron, que trabajarán en formas gremiales y cooperativas, más atentos a la obra común que al endiosamiento personal. Desaparecerá la distinción entre artes mayores y menores. El pueblo ejercerá aquí lo mismo que en la Literatura un verdadero mecenazgo colectivo.

Las técnicas del espectáculo alcanzarán un esplendor inusitado. El cine, que empezó por ser un espectáculo de barraca de feria, consagrará definitivamente su categoría de séptimo arte en un despojo esencial que le permitirá volver a la pureza intencional de sus orígenes. Lo mismo podría decirse del teatro, que volverá a ser un teatro popular, medio privilegiado de expresión del pueblo, de sus afanes y aspiraciones.

² Ver "Organización del tiempo libre", por Antonio del Valle, en *Promoción Humana y Social en Iberoamérica*. Ediciones Forum, Madrid, y, en general, todo el contenido del volumen.

La televisión, apoyada en nuevos perfeccionamientos técnicos, seguirá su marcha ascensional.

El deporte, como ejercicio y como espectáculo, ocupará un puesto de honor en las manifestaciones de la nueva cultura.

El retorno a la naturaleza, favorecido por el turismo social, y el fenómeno de las vacaciones constituirá un aspecto importantísimo del nuevo humanismo en trance de nacer.

Los comics seguirán desarrollándose, con su múltiple influencia en todos los órdenes, y constituirán una de las manifestaciones más típicas de la nueva cultura de masas.

La fiesta tradicional, en muchos casos llamada a desaparecer, será sustituida por una fiesta inédita.

El lenguaje mismo sufrirá profundas modificaciones como manifestación de un nuevo estilo de pensar cada vez más colectivo, cada vez más en relieve, según la acertada frase de López Quintás en su reciente libro ³.

No es cosa de hacer aquí el inventario riguroso de estas nuevas manifestaciones que hacen referencia, sobre todo, a lo que pudiéramos llamar el estilo de vida. No entro aquí a examinar la repercusión que este estilo de vida tendrá en la acumulación progresiva de un saber objetivo sobre el mundo, que tendrá, lógicamente, tendencia a incrementarse a un ritmo realmente fabuloso.

LA EDUCACION COMO VEHICULO DE LA CULTURA POPULAR

La Cultura Popular, entendida en este sentido amplio como humanismo de los nuevos tiempos, no se identifica totalmente con la llamada Educación popular ⁴ o con la llamada Educación de adultos. Una y otra pueden ser puestas al servicio de la Cultura Popular, tal como nosotros la entendemos, si su función, cosa que no sucede siempre, es rectamente entendida. La Educación popular puede admitir diversas matizaciones, según los países en que se aplique. En cualquier caso, en estos intentos resalta la idea de una educación servida al pueblo con miras a su promoción socio-cultural. Para que esta Educación pueda servir los ideales de la Cultura Popular, como un humanismo nuevo se precisa la aceptación de las premisas formuladas más arriba. En caso contrario, la Educación popular caería en la línea tradicional de una simple extensión cultural más o menos marcada de paternalismo. Algo parecido sucede con la llamada Educación de adultos. Bien enfocada, la Educación de adultos puede contribuir poderosamente a la realización de una auténtica Cultura Popular. Para ello es preciso que, dejado de lado todo intento paternalista, la Educación de adultos se oriente, no hacia la mecánica transmisión de saberes, que pudieron y debieron ser transmitidos en la escuela primaria, sino hacia la formación de hombres libres y responsables que necesitan vivir y orientarse en un medio concreto con problemas específicos y a través de una convivencia que debe constituir para ellos su principal medio de autopromoción y perfeccionamiento cultural. No se trata, pues, de suministrar una enseñanza circum-escolar o para-

³ *Hacia un estilo integral del pensar. T. I: Estética.* Editora Nacional. Madrid, 1967.

⁴ Ver el importante trabajo de Francisco Sanabria: "La educación popular: Panorámica de un fenómeno socio-cultural moderno", en *Revista de Estudios Políticos*, núms. 141-142, mayo-agosto 1965. Ver también "Cultura y Educación Popular", de A. Maillo. Editora Nacional. Madrid, 1967.

escolar, sino de desarrollar a través de una metodología, adecuada a la mentalidad adulta, la mente y el espíritu de hombres que carecieron en su día de medios necesarios para su perfeccionamiento personal y que necesitan enfrentarse con los problemas cotidianos de su realidad circundante.

La llamada Educación básica o fundamental puede coincidir, en muchos casos, con la Educación de adultos y se inscribe, desde luego, en la línea de una educación popular rectamente entendida. La educación fundamental o básica, aun dirigida a adultos, tiene a veces que verse en la necesidad de suministrar conocimientos típicamente escolares, ya que en este caso se trata, no sólo de formar hombres libres y responsables, sino de suministrarles un bagaje mínimo de conocimientos que pueda constituir un punto de partida para ulteriores perfeccionamientos. La alfabetización, entendida en su sentido amplio, tal como la Unesco la entiende, forma parte, desde luego, de esta enseñanza básica o fundamental.

El llamado desarrollo comunitario, como técnica específica de promoción social de las comunidades locales, puede también ser puesto al servicio de la Cultura Popular. Tanto más cuanto que el desarrollo comunitario insiste sobre esta idea básica de que han de ser los propios interesados los promotores de su propio desarrollo. Las técnicas de desarrollo comunitario, son, pues, en un sentido amplio, si consideramos la cultura como un estilo de vida global que abarca todas las manifestaciones del hombre, técnicas de cultura popular; pero a diferencia de otras técnicas más específicamente culturales, las del desarrollo comunitario ponen el acento en la promoción socio-económica de las comunidades locales.

De lo que acabo de decir se desprende claramente que la Cultura Popular se encuentra íntimamente ligada con el fenómeno educativo. Sin educación del pueblo no habrá Cultura Popular, pero esta educación del pueblo ha de ser rectamente entendida. La educación en la perspectiva de la Cultura Popular no puede consistir en la mecánica transmisión de saberes. La educación no se confunde ni con la erudición ni con la instrucción. Educar es formar hombres libres y responsables, fomentar la conciencia de auto-desarrollo personal y colectivo. Educar es crear aptitudes y potenciar capacidades. No consiste simplemente la tarea educativa en introducir al alumno en los resultados de una cultura ya hecha o dada, sino en estimular su apetito de perfección y su espíritu creador para que, conforme a sus capacidades, contribuya a la génesis de la nueva cultura en trance de desarrollo. La pedagogía de la Cultura Popular habrá de asentarse sobre los siguientes postulados: Se trata, primero, de una educación permanente que no conoce descanso, de una adaptación continua a las necesidades del medio, lo cual supondrá, en muchos casos, reconversiones profesionales e incluso psicológicas. La pedagogía no puede seguir siendo la Gran Anacrónica, como decía certeramente Ortega. Nuestro tiempo exige esta continua preparación, esta puesta en forma diaria, este entrenamiento continuo que sólo ha de terminar con la muerte. En segundo lugar, esta educación del pueblo ha de ser llevada a cabo por el pueblo, no sólo en el sentido de una mayor intervención popular en el proceso educativo, en la gestión cultural del país, sino en el otro más profundo de una metodología basada esencialmente en el diálogo, en la confrontación de las opiniones, en la libre discusión, en la puesta en común de los resultados personales a través de una creación colectiva, de un trabajo en grupo, donde el profesor, descendido de su pedestal, se transforma en un *primus inter pares*, que dirige, orienta

y coordina, pero no impone dictatorialmente sus opiniones. El profesor, por supuesto, tendrá que transmitir saberes pacientemente acumulados, pero tendrá también que enseñar, como Sócrates, problemas. Problemas que permitan que la maquina del pensamiento funcione en un esfuerzo colectivo de mutua ayuda y cooperación, de intercambios de valores y experiencias.

Sin duda ninguna que la educación popular exige la colaboración con los especialistas. Estos no podrán encerrarse en su torre de marfil, es decir, no deberán convertirse en tecnócratas poseedores de un saber esotérico que sólo ellos conocen o administran. Los especialistas deberán prestarse voluntariamente a una tarea de vulgarización cultural a fin de dar al pueblo no una cultura rebajada, sino quintaesenciada, que le permita a éste conocer mejor su mundo en torno y las transformaciones profundas que en el mismo se realizan. Sólo así será posible crear en el pueblo una mística de la Ciencia y de la Cultura. Sólo así podrá el pueblo apasionarse por la conquista del universo y el dominio de la naturaleza. Sólo así podrá crearse un ambiente adecuado que permita el florecer de nuevas vocaciones. Sólo así podrá el pueblo controlar la técnica y la ciencia y evitar al mismo tiempo la tiranía de quienes, parapetados tras su saber, pretenden gobernar totalitariamente. Y esta colaboración con los especialistas exige que estos mismos especialistas colaboren entre sí. La Cultura Popular exige esta creación en equipo, en equipos pluridisciplinarios que hagan posible la aparición de nuevas síntesis, de nuevas teorías e hipótesis de trabajo, sin las cuales la ciencia experimental corre el gravísimo riesgo de entrar en un callejón sin salida, en un callejón kafkiano de pruebas y ensayos repetidos ad infinitum, sin posibilidad de ordenación interpretativa.

La nueva pedagogía exige también una educación vital e inductiva, basada sobre las realidades concretas. No se trata de sacar al hombre de sus realidades elementales, sino, por el contrario, de religarle al universo a través de esas realidades mismas. Se trata, a través de un vigoroso entrenamiento mental, de hacerle pasar de los hechos a las ideas y de las ideas a la acción. Ver, juzgar y actuar, constituyen etapas necesarias de todo auténtico proceso educativo. Se educa para la vida, para una vida real, no imaginaria ni ficticia, no para la vida del pasado, sino para la vida del presente y del futuro.

Y, finalmente, pienso que esa educación ha de ser personalista y comunitaria al mismo tiempo. Personalista, porque se trata de desarrollar al máximo toda la estatura de hombre que cada persona lleva en sí. Porque se trata de hacer posible esa vocación al crecimiento de que nos habla Pablo VI en la «*Populorum Progressio*». Porque se trata de formar, como decía, hombres libres y responsables, capaces de decisiones autónomas. Pero comunitaria también, porque la Cultura Popular así lo exige. Porque la época de los individualismos salvajes ha pasado. Porque entramos, como dice Teilhard, en la era de lo colectivo-humano. Porque el orden futuro ha de ser un orden de integración y de responsabilidades colectivas.

LA ESCUELA TRADICIONAL Y LA ESCUELA PARALELA

La escuela tradicional—desde sus grados más elementales hasta los superiores—y la escuela paralela⁵, formada por los medios de comuni-

⁵ Ver los artículos de G. Friedmann sobre "L'Ecole Parallele", *Le Monde*, 7, 8, 11, 12 enero 1966.

cación social (cine, radio, televisión, disco, cartel, Prensa periódica y no periódica, comics, teatro, etc.) constituyen los dos grandes cauces institucionales a través de los cuales puede impartirse esa educación nueva basada en una nueva pedagogía.

La escuela tradicional transmite, ante todo, saberes objetivos acerca del mundo y del hombre, y los transmite de una manera racional, programada, progresiva, a través de planes de estudios previamente establecidos. Pone su acento en la instrucción y se orienta más hacia el pasado que hacia el futuro. La escuela paralela, por el contrario, modela al hombre de nuestros días de una manera difusa, un tanto anárquica, en función de las solicitudes del momento. Pero su influjo es inmenso, ya que no sólo proporciona informaciones, sino también actitudes y criterios que calan hasta lo más profundo del hombre contemporáneo. Puede darse entonces un verdadero esquizoidismo cultural, ya que los dos influjos, el de la escuela tradicional y el de la escuela paralela, suelen entrar en conflicto. Para que esto no suceda es absolutamente necesario que una y otra colaboren estrechamente. La escuela paralela puede y debe entrar en la enseñanza tradicional, no para sustituir al maestro, pero sí para ayudarlo, para descargarle de tareas inútiles que pueden ser asumidas por los medios audiovisuales. Piénsese que desgraciadamente todavía no se ha sacado, con vistas a la enseñanza, todo el partido posible de algo que se descubrió hace cuatro siglos: La imprenta. Todavía el maestro sigue repitiendo monótonamente cosas que el alumno puede encontrar en los libros. La misión de la escuela tradicional consiste precisamente, alejándose de su estrecha perspectiva transmisora, en formar al hombre con criterios adecuados para que pueda en su vida cotidiana hacer frente, con éxito, al tropel de sensaciones e ideas que le vienen a través de la escuela paralela. La formación del consumidor de los medios masivos de comunicación social debe ser una de sus tareas fundamentales. La escuela tradicional puede y debe penetrar en la escuela paralela a través de múltiples modalidades, v. gr., el bachillerato radiofónico y televisivo. Una y otra, escuela tradicional y escuela paralela, deben ponerse al día en el fiel cumplimiento de una misión continuamente renovada. La escuela tradicional debe renovar sus planes de estudios y su propia metodología. El nuevo maestro ha de ser ante todo un animador cultural. La escuela paralela ha de ser fiel a su triple misión formativa, informativa y recreativa.

LA IMPORTANCIA DE LA ESCUELA PARALELA

El influjo de la escuela paralela sobre el hombre de nuestros días es incalculable. Entre otras razones porque el llamado tiempo libre es empleado principalmente en el consumo de los medios de comunicación social. La Cultura Popular puede, por tanto, explotar con éxito de una manera consciente, mediante técnicas adecuadas, estos nuevos medios providenciales que se llaman el cine, la radio, la televisión, el disco, el cartel, etc. Surgen así técnicas nuevas de formación y educación. El *discoforum* o la velada musical, el cine club o cine forum, el teleclub, el moderno teatro, el periódico mural, el *comic* educativo, la revista popular, el club del libro, la velada de lectura, la exposición de tarjetas postales, las veladas de proyecciones con diapositivas o a través del proyector de cuerpos opacos, el sello, la visita guiada a los museos, las valijas culturales, los guiones radiofónicos, los clubs de *amateurs* de películas de 8 mm., los carteles, los distintos tipos de manías coleccio-

nistas, bibliotecas populares, los coros hablados, los sicodramas, los viajes, el turismo social..., etc., constituyen técnicas que bien explotadas contribuyen decisivamente a la elevación y a la promoción socio-cultural del pueblo. A estas técnicas de animación cabría añadir otras técnicas no menos importantes: Técnicas de entrenamiento mental, técnicas de diálogo y de discusión, técnicas psicológicas, técnicas sociológicas, técnicas de documentación, aparte de aquellas técnicas específicas que se orientan a la mejor transmisión y asimilación de un contenido cultural determinado.

LOS CENTROS CULTURALES Y EL MOVIMIENTO DE LA CULTURA POPULAR

Pero la Cultura Popular, en su desarrollo, es inseparable del movimiento de la Cultura Popular. No basta la acción aislada. Se impone la creación de un vasto movimiento asociativo que partiendo de centros culturales diseminados por todo el país, llámense éstos como se quiera, vertebrén y den unidad a la acción emprendida. No se trata de romper las legítimas autonomías. La unidad ha de venir ante todo por la clara conciencia de los objetivos perseguidos. Pero estos centros culturales, estas asociaciones voluntarias, que pueden en muchos casos ser alentadas y amparadas por el Estado, sin pérdida de su esencial independencia, resultan imprescindibles para que la Cultura Popular llegue a ser una realidad en España.

Y a su vez estos centros culturales no podrán cumplir su misión si no cuentan con animadores culturales o monitores locales que, dotados de cualidades específicas, sepan catalizar las energías de la comunidad y poner en marcha un movimiento de superación y promoción en todos los órdenes.

La formación de estos animadores constituye una de las tareas básicas de todo serio intento de Cultura Popular⁶.

⁶ Ver *Proyecto de curso para monitores* (Hacia un plan nacional de teleclubs), editado por GESTA. Ministerio de Información y Turismo. Madrid, junio de 1966.